

Libros

LAS ENSEÑANZAS DE LA GUERRA CIVIL

Vernon Richards no es lo que podríamos llamar un científico de la Historia, si es que existe o ha existido alguna vez semejante ser en este estado puro. Richards es mucho más modestamente un intelectual anarquista que se ha dedicado a reflexionar libremente en torno a determinados hechos históricos de los que creía poder extraer alguna lección provechosa para quienes comparten básicamente sus ideas libertarias.

Que la historia nunca se repite es algo de lo que Richards está evidentemente convencido, pero eso no le impide pensar que pueden producirse una y otra vez situaciones análogas que siempre se afrontarán mejor si nos hemos preocupado oportunamente de analizar el por qué de posibles fracasos anteriores.

En tal sentido, ¿han aprendido, por ejemplo, los anarquistas españoles de los múltiples errores que sin duda cometieron durante la guerra civil? La respuesta del propio Richards no puede ser más pesimista: Como si nada hubiese pasado en los últimos cuarenta años, hoy se plantean parejos debates, se intentan construir organizaciones idénticas a las que ya demostraron su incapacidad durante aquel conflicto.

Mostrar cuáles fueron los fallos de entonces, tratar de explicar que podía y debió haberse evitado, tal es la tarea emprendida por Richards en su «**Enseñanzas de la Revolución española**» (1), libro surgido inicialmente de ciertas reflexiones del autor en torno a la obra de un historiador anarquista español exiliado en Francia: «La C.N.T. y la Revolución española», de José Peirats.

El blanco principal de las críticas de Richards a la actuación de los anar-

quistas durante nuestra guerra civil, el tema al que el autor vuelve obsesivamente una y otra vez, no es otro que el de la participación en los gobiernos central y de la Generalitat de Cataluña de algunos de los más conocidos líderes de la F.A.I.-C.N.T. en contra de los principios declarados del anarquismo, y—de modo paralelo a esto— el fracaso de los anarcosindicalistas a la hora de tratar de materializar un pacto de unión con la otra organización sindical obrera que podía medirse con ellos en aquel momento, la UGT.

La entrada en los gobiernos de Madrid y Barcelona de conocidos dirigentes anarquistas o anarcosindicalistas como Juan López, Peiró, García Oliver, Federica Montseny o Abad de Santillán, supuso de hecho no sólo la abdicación de los sagrados principios del credo libertario, sino que frenó de modo irremediable una dinámica de lucha revolucionaria emprendida ya por los trabajadores. Aquella política pactista y de hechos consumados, realizada de espaldas a la base y justificada una y otra por necesidades coyunturales conduciría a un alejamiento creciente entre los líderes y los militantes de base. Las concesiones que exigió de los anarquistas, su colaboración en el gobierno —concesiones tan graves, según Richards, como la disolución del propio Comité de milicias antifascistas— tuvo sólo consecuencias desastrosas para la revolu-

ción apenas iniciada sin que a cambio de tales renunciaciones se obtuviera ninguna contrapartida válida.

Richards no acierta a comprender por qué frente a ese pactismo estéril con las instituciones burguesas, la CNT demostró una intransigencia casi irracional para con la UGT, cuando la alianza con ésta última habría exigido menos compromisos y resultado mucho más ventajosa que la colaboración, en condiciones de inferioridad, con unos partidos que hasta aquel momento no habían desperdiciado ocasión para perseguir a los anarquistas desde el Poder.

Consecuentemente con su línea de razonamiento, no sorprenderá que Richards se muestre a lo largo de estas páginas descabelladamente anticomunista. Según el anarquista británico, el papel del P.C., al que califica sin ambages de «vanguardia de la contrarrevolución» no fue otro que el de «dividir a los trabajadores» y desactivar la espoleta de la revolución con su política revisionista de defender a los pequeños comerciantes y propietarios de las medidas de colectivización propiciadas por los anarquistas.

Para los comunistas, lo mismo que para los socialistas, la máxima acción revolucionaria era ganar la guerra al fascismo, lo que exigía como primeros pasos el apoyo incondicional a un gobierno central fuerte y la formación de un ejército popular bajo un mando único y dotado además de férrea disciplina y, como consecuencia, la disolución de las milicias antifascistas, tan caras a los anarquistas.

Si Richards no perdona nada al P.C., tampoco escatima ningún ataque a los socialistas y entre ellos —claro está— a Largo Caballero, ejemplo, según él, de político maniobrero, que desconfiaba por igual de comunistas y anarquistas y bajo el cual participaron en el gobierno los hombres de la C.N.T.-F.A.I.

Libro, pues, éste de Vernon Richards que en ningún caso deja indiferente, pero cuyas apreciaciones básicas son totalmente discutibles no sólo desde dentro, sino sobre todo desde fuera del anarquismo. ■

JOAQUIN RABAGO.



(1) Con este libro inicia su andadura la nueva editorial «Campo abierto», que dedicará buena parte de su producción a textos significativos del pensamiento antiautoritario en distintos sectores que van desde el pedagógico hasta el de la ecología.